

Cuando os partís, ellas lloran,  
 Cuando tornáis os adoran  
 Con el alma y las entrañas.  
 ¡Y en el yantar y á la cena,  
 Con unos ojos graciosos  
 Y unos abrazos preciosos  
 Y un «señor» á boca llena!  
 ¡Qué gloria de nuestra pena,  
 Qué alivio de nuestro afán!  
 Sin duda no hay cosa buena  
 Donde mujeres no van.  
 La gente sin capitán  
 Es la casa sin mujer,  
 Y sin ella es el placer  
 Como la mesa sin pan.

Poco aliño habrá en todo esto, pero, por mi parte, prefiero esta dulce y sabrosa naturalidad al énfasis culterano y á la sutileza conceptista que, andando el tiempo, infestaron nuestra poesía lírica, y por ella contagiaron el teatro.

Contrasta con la medida y atildamiento de la *Comedia Facinta* (salvo en lo que toca á los chistes y habilidades del astrólogo Pagano) la acción extravagante y desordenada de la *Serafina* (1), que tanto excitó las iras censorias del

(1) No se confunda con otra comedia en prosa del mismo título y de autor anónimo, sumamente desvergonzada y libre, aunque ingeniosa, que se imprimió en Valencia, en 1521, juntamente con la *Tebaida* y la *Hipólita*.

buen Signorelli, el cual la llama un *misto di disolutezza e religione*; términos demasiado solemnes para calificar un puro disparate, bastante divertido, que tiene más de bufonesco que de trágico, y que, comparado con las torpezas é impiedades de la comedia italiana, es casi un idilio. La inmoralidad de los personajes de Torres Naharro es tan cándida, tan extraños y absurdos son los móviles de sus acciones, tan ridículamente atroces las resoluciones que toman, que el conflicto dramático se resuelve en una bufonada. El autor mismo parece que se burla de sus muñecos, haciéndoles chapurrear lenguas diversas; lo cual acaba de acentuar el carácter asainetado de esta truculenta farsa:

Mas habéis d'estar alerta  
 Por sentir los *presonajes*  
 Que hablan cuatro lenguajes  
 Hasta acabar su rehierta.  
 No salen de cuenta cierta  
 Por Latín é Italiano,  
 Castellano y Valenciano,  
 Que ninguno desconcierta.....

El argumento está expuesto en dos palabras. Un caballero español, Floristán, muy necio, muy presumido, muy libertino y muy pedante, se ha casado en Roma con la *signora* Orfea, dejando abandonada en Valencia á Se-

rafina, á quien había logrado bajo palabra de casamiento. La menoscabada doncella averigua su paradero y se presenta al burlador, poniéndole cual no digan dueñas. Floristán, que ya estaba harto de Orfea y que siente renacer su antiguo amor por Serafina, resuelve cortar el nudo y evitar el pecado de bigamia de la manera más sencilla, es decir, matando á la esposa italiana. Pero para proceder *tutta conscientia* acude en consulta al fraile Teodoro, exponiéndole el caso:

Pues que, padre, mi pasión  
 Por muchos suele venir,  
 Lo que vos quiero decir  
 M'escuchad en confesión.  
 Daros he la relación  
 De todo mi pensamiento;  
 Haceros he un argumento  
 De toda mi perdición.  
 Aquélla, que fué de aquí,  
 Serafina valenciana,  
 Con voluntad soberana  
 La quise desde que la vi,  
 Y en aquel punto le di  
 Mi querer y libertad,  
 Y agora, por mi maldad,  
 Soy sin ella y soy sin mí!  
 Contraje luego con ella  
 Matrimonio clandestino;  
 Después, como hombre malino,  
 Casé con una doncella,

Y es Orfea el nombre d'ella,  
 De nación italiana;  
 Su bondad es inhumana (!),  
 Su presencia más que bella.  
 Pues con ésta me casé  
 Por paterno mandamiento;  
 Mas el vero casamiento  
 Con la Serafina fué,  
 Porque yo la di la fe  
 De mi propia voluntad:  
 Y es aquesta la verdad,  
 Y por ella moriré.  
 Mas yo no dejo de ver  
 Que me debía matar;  
 Y por más daño excusar  
 No lo quiero hora hacer,  
 Sino qu'es muy menester  
 Que yo mate luego á Orfea  
 Do Serafina lo vea  
 Porque lo pueda creer.  
 Que yo bien me mataría,  
 Pues toda razón me inclina;  
 Pero sé de Serafina  
 Que se desesperaría.  
 Y Orfea, pues, ¿que haría  
 Cuando mi muerte supiese?  
 Que creo que no pudiese  
 Sostener la vida un día.  
 Pues hablando acá entre nos  
 Á Orfea cabe la suerte;  
 Porque con sola su muerte  
 S'excusarán otras dos.  
 De modo que, padre, vos,

Si llamármela queréis,  
 Á mi merced me haréis  
 Y también servicio á Dios.

El fraile, como si tal demanda fuese lo más sencillo del mundo, contesta en latín macarrónico, que es la *lengua* que habla en toda la comedia:

Miqui placebit vocare  
 Praefatam tuam Orpheam:  
 Tamen, dic: ut quid vis eam  
 Absque causa condemnare?

FLORISTÁN.

Porque si yo la matare,  
 Morirá cristianamente;  
 Yo moriré penitente  
 Cuando mi suerte llegare.

FRAY TEODORO.

Fili mi, rogatus eo;  
 Tamen, ut dixit Pilatus,  
 Ab ista morte lavatus,  
 Spero salutem in Deo.

Como si esta escena no fuese ya de un efecto cómico irresistible, el autor la completa con un par de monólogos de Floristán que, como parodia de las hinchadas declamaciones de los seudo moralistas de profesión, no tienen precio.

Á Moratín, que, como Signorelli, juzgaba esta pieza por lo serio, le pareció el carácter de Floristán *abominable*. No es sino chistosísimo, tomándole por lo que es: una mera caricatura,

pero de gran sentido. Lo cómico puede nacer de muchas fuentes; y aquí nace, sin que el poeta primitivo se dé siquiera cuenta de ello, del contraste entre los enfáticos lugares comunes que Floristán va ensartando y las abominables acciones á que le lleva su torpe egoísmo: entre la grandeza de un ideal ético y religioso que no comprende, y la ruindad de su alma depravada y mezquina, que quiere encubrir su miseria con palabras sonoras. La mezcla de barbarie y de superstición que hay en él, la misma inconsecuencia de sus actos y palabras, la alta idea de su persona, la cínica franqueza con que plantea y resuelve el problema de su vida, la candorosa *egolatría* de que hace alarde, el extraño sentimentalismo que á deshora se apodera de él, son rasgos que parecen admirables cuando se encuentran en un autor tan vetusto, y cuando se reflexiona que no nacieron de cálculo refinado, sino de un franco y espontáneo buen humor.

¿Quién no se ha de reir (salva la reverencia debida á los sagrados textos, que el poeta hizo muy mal en traer á colación aquí, siguiendo deplorables ejemplos de los *Cancioneros*), cuando oye decir á Floristán, próximo á consumir su parricida atentado:

Como el fénix hago el fuego  
 Donde me tengo de arder;

Mas no espero renascer  
 Como aquel renasce luego.  
 Con mis pies, como hombre ciego,  
 Me voy á la sepultura,  
 Marinero sin ventura  
 Que en mi navío me anego.

.....  
 Mas, Señor, por tu pasión  
 Redime mi alma triste,  
 Tú que también redimiste  
*Captivitatem Sion.*  
 Que si en juicio perfecto  
 Con tu siervo entras de grado,  
 No será justificado  
 Ningún hombre en tu conspecto.

.....  
 Pues agora comparado  
 Mi ser á cuando solía,  
 Soy como una fantasía  
 Que pasa con el nublado;  
 Como sombra de tejado,  
 Como una statua de sal,  
 Como un salvaje animal  
 En una pared pintado.....

Afortunadamente, la sangre no llega al río. Al fraile, que sigue ensartando latinajos y mascullando trozos del rezo, se le ocurre el salvador proyecto de descasar á Orfea y de hacerla contraer segundas nupcias con Policiano, hermano de Floristán, que llega como caído de las nubes, y que muy á tiempo resulta ha-

ber sido en otros tiempos novio de la cuitada casadilla, á quien quería inmolar el bárbaro de su marido. Todo se allana con una declaración que éste hace, y que dejaremos en el transparente latín que gasta el fraile:

Postquam Orpheam duxisti,  
 Matrimonium consumpsisti?

FLORISTÁN.

Ni pude, ni lo quisiera.

TEODORO.

Si verba sunt ita vera,  
 Undique nobis est gloria.

.....

FLORISTÁN.

¿Decid, padre, en qué manera?

TEODORO.

Vis ut dicam?

FLORISTÁN.

Y he placer.

TEODORO.

Seraphinam duc tu tibi:  
 Et Orpheam frater sibi.

.....

FLORISTÁN.

Aún me queda gran espina;  
 Porque la Orfea viviendo,  
 No puedo, según entiendo,  
 Casarme con Serafina.

TEODORO.

Dispensat gratia divina  
 Matrimonio non consumpto.

## FLORISTÁN.

Me parece recio punto  
Si mejor no se encamina

Insisto en que esta farsa no se compuso más que para hacer reir, pero, á la verdad, es un terreno muy resbaladizo, porque nunca es sano jugar con las ideas morales, encarnándolas en personajes idiotas. Por lo mismo que ni Floristán ni el fraile son hipócritas, sino un par de mentecatos de turbia conciencia, las sandeces que dogmáticamente pronuncian parecen caer de rechazo sobre la doctrina que invocan, aunque seguramente el autor se hubiera escandalizado de que tal propósito se le atribuyera. Y la Inquisición estuvo tan lejos de sospecharlo, que dejó intacto todo lo que hemos citado, y mucho más que omitimos, siendo ésta una de las comedias que sufrieron menos expurgación: lo cual, para los anales de la *intolerancia española*, no deja de ser dato curioso. El corrector Velasco, que debía de ser muy tentado de la risa y tener la manga muy ancha, dejó al fraile campar por sus respetos, acompañado, para mayor edificación, de un leguito, que también habla en latín, y requiebra á la criada de Serafina, Dorosía, que le contesta en valenciano aconsejándole que se vaya á estudiar. Queda muy mohíno y cariacontecido el pobre *Gomecio*, que tal es el

nombre del fámulo, y exhala sus querellas amorosas en este trozo, digno de figurar entre lo más selecto de las *Epistolae obscurorum virorum*:

Maneo solus in boscorum,  
Sicut mulus sine albarda;  
Mortis mea non se tarda  
Propter meus peccatorum.  
Da nobis gratia, Deorum,  
Ad habendum nocte et dia  
Nostris lectis Dorosía  
In secula seculorum.

Leyendo tales cosas, no se comprende por qué el Santo Oficio, que las dejó correr, se había tomado el trabajo de expurgar la *Propaladia* y de estar madurando el asunto trece años.

Pero concretándonos á su mérito literario, no hay duda que la *Serafina*, aunque sea la más informe y menos clásica de las piezas de Torres Naharro, es también la que indica mayor fuerza cómica y una fantasía más libre, que llega hasta burlarse de sus propias creaciones. Técnicamente ofrece la novedad del personaje del *gracioso*, entendiendo por tal, no precisamente el lego (que es de la misma familia que el *bobo* de las églogas y de los autos), sino el criado de Lenicio, maligno y sen-

tencioso, valentón de fingidas pependencias, y astuto confidente en las empresas amorosas de su señor Floristán, á quien sugiere ingeniosos arbitrios para cautivar la voluntad de las mujeres, como Polilla al Conde su amo en *El desdén con el desdén*:

Mas ve con tal discreción  
Y acuérdate siempre desto,  
Que no se vea en el gesto  
Lo que va en el corazón:  
Que mujeres cuantas son  
Son vivas como centellas;  
Qu'en ver que penan por ellas  
Luego toman presunción.

El mismo Lenicio tiene también rasgos comunes con el *Moscón*, de Rojas, en *No hay amigo para amigo*. Claro está, pues, que cuando Lope de Vega, en la dedicatoria de *La Francesilla*, se preció de haber introducido en el teatro la que llama *figura del donaire*, ha de entenderse esto del empleo continuo y sistemático de la persona del gracioso, pero no de su primera aparición en escena, que es mucho más antigua.

La tendencia á la comedia de capa y espada, que ya se vislumbra en estos accidentes de la *Serafina*, triunfa en la preciosa *Comedia Himenea*, que es la más delicada, la más regular,

la más caballeresca y afectuosa de Torres Naharro y la que da más simpática y ventajosa idea de su talento como pintor de costumbres urbanas. Los justos reparos que puso Juan de Valdés á la *Aquilana* no tienen aplicación á esta otra pieza, donde Naharro mostró que, cuando quería, «sabía escribir con naturalidad y decoro lo que pasa entre gente noble y principal». La *Himenea*, considerado el tiempo en que se escribió, es un primor literario; y esto no sólo por su regularidad exterior, que á Moratín entusiasmaba tanto. «La acción consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no excede de veinticuatro horas; el lugar de la escena es invariable.» Semejante perfección negativa valdría poco por sí sola, y, además, en este caso, habría que decir que el dramaturgo extremeño hizo prosa sin saberlo, puesto que de las tres unidades, la de lugar todavía no estaba inventada; la de tiempo apenas podía deducirse vagamente de un texto de la *Poética* de Aristóteles, en que nadie había reparado; y la de acción, única esencial, se suponía sin formularla. Por lo demás, tan sencillo es el argumento de la *Himenea*, que el autor pudo, sin proponérselo, llegar á la más puntual y rígida observancia de los futuros cánones.

Pero aparte de esta sobriedad de composición, que tiene su mérito y su encanto cuando

es espontánea como aquí, y no forzada y pedantesca, lo que enamora desde los primeros versos de la *Himenea*, y lo que menos se esperarí de un autor tan curtido en todas las impurezas del realismo, es la cortesana gentileza, la expresión dulce y poética de los afectos, el suave y enamorado discreto, libre todavía del fárrago retórico que como planta parásita le sofocó después:

Guarde Dios, señora mía,  
 Vuestra graciosa presencia,  
 Mi sola felicidad,  
 Aunque es sobrada osadía,  
 Sin tomar vuestra licencia,  
 Daros yo mi libertad.  
 Pero en mi primer miraros  
 Tan ciego de amor me vi,  
 Que cuando miré por mí  
 Fué tarde para hablaros,  
 Hasta agora  
 Que de mí sois ya señora.  
 Habéisme muerto de amores  
 Y dejáisme aquí en la plaza  
 Donde publique mis yerros,  
 Como aquellos cazadores  
 Que desque matan la caza  
 La dejan para los perros....

Don Alberto Lista, cuyos trabajos sobre el antiguo teatro español, aunque muy pobres

de erudición no son tan anticuados ni despreciables como creen muchos, advirtió, á mi juicio con razón (1), que Naharro en la *Himenea* había tenido muy presente la *Celestina*, tanto en el peligro de muerte á que se expone Febea, como en las astucias de que se valen los criados de Himeneo para ocultar su miedo, cuando acompañan á su señor á la calle de su dama. Basta, en efecto, cotejar estos pasajes para advertir la semejanza. Y limitándonos á las quejas que pronuncia Febea en la quinta jornada, cuando su hermano la persigue con la espada desnuda y va á ejecutar en ella la venganza de su honor, que supone mancillado, no hay sino leer las dolorosas razones que profiere Melibea antes de arrojarle de la torre, para ver que Naharro, como todos nuestros dramáticos del siglo XVI, sin excepción, bebió en aquella fuente de verdad humana y se aprovechó de sus aguas, más saludables que turbias. Dice Febea:

Hablemos cómo mi suerte  
 Me ha traído en este punto  
 Do yo y mi bien todo junto  
 Moriremos d'una muerte.

(1) *Lecciones de Literatura Española explicadas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico, por D. Alberto Lista, Madrid, 1836, pág. 51.*

Mas primero  
 Quiero contar cómo muero.  
 Yo muero por un amor  
 Que por su mucho querer  
 Fué mi querido y amado,  
 Gentil y noble señor,  
 Tal que por su merecer  
 Es mi mal bien empleado.  
 No me queda otro pesar  
 De la triste vida mía,  
 Sino que cuando podía  
 Nunca fui para gozar  
 Ni gocé  
 Lo que tanto deseé:  
 Muero con este deseo,  
 Y el corazón me revienta  
 Con el dolor amoroso;  
 Mas si creyera á Himeneo,  
 No muriera descontenta  
 Ni le dejara quejoso.....  
 ¡Guay de mí,  
 Que muero así como así!  
 .....  
 No me quejo de que muero,  
 Mas de la muerte traidora;  
 Que si viniera primero  
 Que conociera á Himeneo,  
 Viniera mucho en buen hora.  
 Mas viniendo d'esta suerte,  
 Tan sin razón á mi ver,  
 ¿Cuál será el hombre ó mujer  
 Que no le doldrá mi muerte?.....  
 Yo nunca hice traición:

Si maté, yo no sé á quién:  
 Si robé, no lo he sabido;  
 Mi querer fué con razón;  
 Y si quise, hice bien  
 En querer á mi marido.  
 Cuanto más que las doncellas  
 Mientras que tiempo tuvieren,  
 Harán mal si no murieren  
 Por los que mueren por ellas.....  
 Pues, muerte, ven cuando quiera,  
 Que yo te quiero atender  
 Con rostro alegre y jocundo;  
 Qu'el morir d'esta manera  
 Á mí me debe placer  
 Y pesar á todo el mundo.....

No pondré estos apasionados versos al lado de la prosa de Melibea. Diversa es la situación de ambas heroínas: culpable la una y arrasada por la fatalidad de su ciega pasión al suicidio: víctima inocente la otra del furor de su hermano, pero tan enamorada, que con menos vigilancia, y á no intervenir tan oportunamente el sacro vínculo, hubiera podido decir, como su antecesora: «Su muerte convidada á la mía: ¡convídame, y es fuerza que sea presto, sin dilación..... Y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida.»

Nadie puede negar la evidente semejanza entre los principales pasos de la *Comedia Hi-*



*menea* y los de lo comedia de amor é intriga del siglo XVII, que adquirió bajo la pluma de Calderón su última y más convencional forma. Un caballero que ronda las rejas de su amada con acompañamiento de criados é instrumentos; una noble doncella, sentimental y enamorada, no menos que briosa y decidida, que á pocos lances franquea, con honesto fin, la puerta de su casa: un hermano, celoso guardador de la honra de su casa, algo colérico y repentino, pero que acaba por perdonar á los novios: dos criados habladores y cobardes: músicos y escondites, pependencias nocturnas y diálogos por la ventana. Pero todo esto, ó casi todo, si bien se repara, estaba en la *Celestina*, salvo el tipo del hermano, que parece creación de Torres Naharro. Bóreas y Eliso son Parmeno y Sempronio, la criada Dorestia es Lucrecia, aunque todos un poco adecentados. Porque es muy singular que autor tan liviano y despreocupado como suele serlo en su estilo Torres Naharro, se haya creído obligado á tanta circunspección en esta obra excepcional, y haya tenido la habilidad de transportar al teatro la parte ideal y romántica de la *Celestina*, prescindiendo de la picaresca y lupanaria. De este modo consiguió borrar las huellas de origen, y ha podido pasar por inventor de un género de que no fué, realmente, más que continuador feliz, con gran inteligencia de las

condiciones del teatro y del arte del diálogo, el cual llega á la perfección en varios pasajes de esta comedia (1).

(1) Véase, para muestra, uno solo de la tercera jornada, en que Himeneo porfia con Febea para que le abra la puerta de su casa:

FEBEA.

Bien me podéis perdonar,  
Que, cierto, no os conocía.

HIMENEO.

Porque estoy en vuestro olvido.

FEBEA.

En otro mejor lugar  
Os tengo yo todavía,  
Aunque pierdo en el partido.

HIMENEO.

Yo gano tanto cuidado  
Que jamás pienso perdello,  
Sino que con merescello  
Me parece estar pagado.

.....

FEBEA.

Gran compasión y dolor  
He de ver tanto quejaros,  
Aunque me place de oiros,  
Y por mi vida, señor,  
Querría poder sanaros  
Por tener en qué serviros.

HIMENEO.

Ojalá pluguiese á Dios  
Que queráis como podéis,  
Porque mis males sanéis  
Que speran á sola vos.

FEBEA.

Dios quisiese  
Que en mí tal gracia cupiese.

HIMENEO.

Esa y todas juntamente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. PSTMIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY

Es la única de Torres Naharro que ha sido traducida en lengua extranjera, y la única que

Caben en vuestra bondad,  
Pues os hizo Dios tan bella;  
Pero d'ésta solamente  
Tengo yo necesidad  
Aunque soy indigno d'ella.

FEBEA.

Más merecéis que pedís,  
Aunque lo que es no lo sé;  
Mas de grado lo haré,  
Si puedo como decís.

Pero he miedo  
Que sin dañarme no puedo.

HIMENEO.

Pláceme, señora mía,  
Que me habéis bien entendido.  
No os quiero más detener;  
Vuestra mesma fantasía  
Vos dirá que lo que pido  
Lo compra bien mi querer.....

FEBEA.

Pues si puedo complaceros,  
Aclaradme en qué manera,  
Porque tengáis cosa cierta.

HIMENEO.

Que cuando viniere á veros  
En la noche venidera,  
Me mandéis abrir la puerta.

FEBEA.

¡Dios me guarde!

HIMENEO.

¿Qué, señora,  
Revocáisme ya el favor?

FEBEA.

Sí, porque no me es honor  
Abrir la puerta á tal hora.

ha desarrugado el ceño de los críticos más severos (1). Si se permite una comparación, su-

HIMENEO.

No son esas  
Vuestras pasadas promesas.

FEBEA.

Pues ¿cómo queréis que os abra?  
Que en aquellos tiempos tales  
Los hombres sois descortesés.

HIMENEO.

Señora, no tal palabra.  
Si queréis sanar mis males,  
No busquéis esos reveses.  
Ya sabéis que mis pasiones  
No me mandan enojaros,  
Y no debéis excusaros  
Con excusadas razones,

De tal suerte

Que me causáis nueva muerte.

FEBEA.

No puedo más resistir  
A la guerra que me dáis,  
Ni quiero que me la deis.  
Si concertáis de venir,  
Yo haré lo que mandáis,  
Siendo vos el que debéis....

HIMENEO.

Debo ser siervo y cautivo  
De vuestro merecimiento,  
Y así me parto contento  
De la merced que recibo.

FEBEA.

Id con Dios.

HIMENEO.

Señora, quede con vos.

(1) Ha sido traducida al francés por Angliviel La Beaumelle en la colección *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*. (París, 1829, tomo xx.)

gerida por el recuerdo de D. Leandro Moratín, que fué el que tuvo la suerte de exhumar esta comedia, la *Himenea* es algo como *El sí de las niñas* de principios del siglo XVI, una labor tan fina y delicada, cuanto lo permitía la infancia del arte.

La *Calamita* dista mucho de la pureza de gusto que hay en la *Himenea*: la parte cómica es más procaz y deshonesto que en ninguna de las obras de Naharro. El estudiante disfrazado de mujer y el celoso marido Torcazo pertenecen al bajo fondo de la comedia italiana, aunque siempre el poeta español se contiene algo más en las situaciones y en los discursos, y resulta más desvergonzado que lascivo. Al lado de esta mala influencia de los licenciosos imitadores de la comedia plautina (ó más bien de los que á la sombra de esta imitación hacían pasar en Florencia, Ferrara y Roma sus propias insolencias), hay otra beneficiosa, que se manifiesta en la mayor complicación y animación de la fábula, dilatada con escenas más ó menos episódicas, y resuelta por el medio, entonces menos trivial que ahora, de la *anagnorsis*, fundada en una sustitución de niños cuando estaban en la cuna. Bellezas aisladas las tiene esta obra, como cualquiera de su autor; á ella pertenecen estos delicadísimos versos:

Quien ha de tomar mujer  
 Por su vida,  
 Tome la más escondida  
 Para su seguridad,  
 La que en virtud y en bondad  
 Fuere criada y nacida.  
 La muy en mucho tenida  
 Por hermosa,  
 Esta diz qu'es peligrosa,  
 La muy sabida mudable,  
 La muy rica intolerable,  
 Soberbia la generosa:  
 La complida en cualquier cosa,  
 Y acabada,  
 Menos que todas me agrada,  
 Porque, según mi pensar,  
 Mala cosa es de guardar  
 La de todos deseada.

La *Calamita* es una comedia de intriga, pero todavía del género *menandrino* y neoclásico. Hasta los nombres: *Euticio*, *Trapano*, *Livina*, parecen del repertorio de Plauto ó del Ariosto: nada hay en sus hechos y dichos que recuerde á España. La fábula es original, pero parece pensada en italiano.

No así la *Aquilana*, que es una comedia *heroica*, *de ruido* y *de teatro*, á estilo de las de Lope de Vega, con infantas enamoradizas y príncipes disfrazados. Moratín se indigna mucho de los anacronismos de esta pieza, y exclama: «Faltó el autor al respeto que se debe á la